

CAPITULO IX

La obra de la paz

El general Díaz estaba lejos de tener gran instrucción; su carrera militar se hizo sobre el campo de batalla, en el cual vivió desde su temprana juventud hasta los treinta y siete años en actividad sin tregua. Si algo había recogido de la limitada instrucción que antes del año '50 se daba en los colegios provinciales tuvo tiempo para olvidarlo y ninguno para aumentar su bagaje intelectual. Su entendimiento era claro, alerta y penetrante sin llegar a extraordinario; no leía nunca; pero trabajaba diez o doce horas al día, entre conferencias y papeles que le enseñaban mucho y así adquirió una instrucción fragmentaria, variadísima e incompleta en todo, que le permitía juzgar con confianza en sí mismo y tratar sobre cualquier materia dejando en su interlocutor la impresión más favorable.

El general Díaz, en tales condiciones, era mucho más gobernante que estadista, porque no tenía la visión del porvenir, que en el estadista es obsesión espontánea y que no se tiene sin el conocimiento del pasado. Lo que sabía era dominar el presente, conquistarlo, subyugarlo con mucha más habilidad que violencia, trabajar sobre él en obras de organización y construcción nacio-

nales; y por eso fué un gran gobernante, el más grande, sin duda, de la América Latina, y por eso fué uno de los hombres más prominentes de su siglo.

Desde 1884, al sustituir al general González en el gobierno, marcó bien su tendencia de conciliación y de tolerancia, para ahorrar violencia y dar a su mando sustentación durable en la aquiescencia de la mayoría. Hizo la hibridación de los partidos que parecían irreconciliables, y su obra fué benéfica para la unidad moral que iba a fortalecer después, creando los intereses comunes y poniendo en comunicación a los pueblos. Después aspiró a la adhesión de todos, haciendo a todos partícipes de su administración.

La clase aristocrática, bien poco orgullosa en un país en que nunca se dió valor a las distinciones de prosapia, se resentía, por católica y por imperialista, del triunfo de la clase media liberal en las guerras de Reforma y de Intervención; el general Díaz representaba para ella el principio extremo liberal, con un poco de grosería personal de soldado rudo. La clase quedó bien pronto desarmada al encontrar en aquél las finas maneras de un hombre de mundo, su trato cortés y llano, incapaz de lastimar las preocupaciones más cosquillosas. Abrió sus puertas al plebeyo, que a su vez franqueaba las del mundo político a la clase proscrita, y así ésta se puso en contacto con la más numerosa e importante del país.

Los intereses extranjeros encontraron en el general Díaz una atención asidua y constante, sin la cual habría sido imposible (supuestos los antecedentes del país desordenado), la afluencia de capitales que llevó

a México todas sus grandes obras de progreso y transformación. Los extranjeros de todas las nacionalidades, que aumentaban poco a poco en número, y que no solían llegar como aventureros, sino como hombres de trabajo y muchas veces de capital, comenzaron por sentirse tranquilos, después vivieron satisfechos, y acabaron por mostrarse adictos al gobernante benévolo que conquistaba voluntades.

El clero no sólo valía por su número, la ilustración de sus hombres y su influencia moral, rebajada, pero no destruída, por su abatimiento político; tenía la importancia negativa del obstáculo para la acción libre y sin trabas que el Presidente quería alcanzar, para la armonía de todos y la sumisión voluntaria de todos, que parecía ser la base primera del programa de gobierno. Muchos hombres, muchos grupos en todo el país, no podían seguir al gobierno, aunque lo deseaban, porque sus intereses o antecedentes políticos los ligaban con la Iglesia. Era cabeza de la mexicana, al principio, un miembro de la Regencia Imperial, hijo espiritual de Pío IX y nutrido en la intolerancia del gran papa intolerante: el Arzobispo don Pelagio Antonio de Labastida. Pero las dificultades del problema cedieron ante la facultad conciliadora del general Díaz, que sabía también combinarse con cierta presión de enérgica amenaza, y que, al decir de algunos, influyó en aquella ocasión para presentar en forma diplomática la disyuntiva de paz o guerra.

Las transacciones entre el Gobierno y la Iglesia se hicieron ostensibles en la Nación entera por las tolerancias del primero y la afable actitud de los católicos más conspicuos. Las leyes de Reforma, cumplidas con vigor durante el gobierno de Lerdo de Tejada, comenzaron a

relajarse de hecho; las de simple policía relativas a toque de campanas de los templos o trajes sacerdotales en público y procesiones religiosas en las calles, se desatendían con frecuencia en muchas poblaciones; templos numerosos se devolvieron al culto; al lado de establecimientos de enseñanza (que las leyes no prohibían al clero), y aun sin este embozo, se establecieron conventos monacales que fueron poco a poco perdiendo la timidez de la ocultación y acabaron por ostentarse públicamente. Corriendo los años, la tolerancia de hecho se cambió en declaración de principios, que en los pueblos latinos causan más grave efecto que las obras; se habló de la política de conciliación del general Díaz, y si él tuvo cuidado de no declararla, creyó conveniente dejar que la declararan otros.

Como obra durable, fundar la concordia en la violación de las leyes era quimérico; pero como obra para el presente dió el resultado que se buscaba. La Iglesia, en vez de ser un obstáculo, se tornó elemento favorable de acción; el clero se hizo partidario del antiguo jefe liberal y lo ensalzaba en los púlpitos; los más fervientes católicos quedaron en libertad de serle francamente adictos, y la mujer, reconciliada con el liberalismo oficial, pudo sentir una vez simpatía por el gobierno y derramar ese sentimiento en la familia.

Así conquistó el general Díaz a la nación entera. Cuando la tolerancia y la benevolencia hicieron esa conquista, todo acto de fuerza o de rigor eran innecesarios para someter a las gentes y gobernar sin trabas. Cada clase social tenía un motivo de adhesión; pero como si esto no bastara, había hecho también la con-

quista individual de un número enorme de unidades que trataban con él y de él sólo dependían; pero todo esto era tan personal, que mientras todo se relacionaba con él, la cohesión entre las clases, los grupos, las unidades, era nula. En lugar de una idea había un hombre como lazo común de los hombres y de los pueblos. No había en los actos del general Díaz uno solo que revelara previsión del porvenir político de México. Los mexicanos, llenos de inquietud ante la incertidumbre de la suerte futura, formularon la pregunta: "Después de Díaz ¿qué?", y la pregunta se repitió después en las naciones extranjeras. Como en la nación no había política y la política es el medio de acción de los pueblos, y sólo en ella se forman los hombres y los partidos, se pensó, dentro y fuera, que el general Díaz debía formar un sucesor, como si fueran transmisibles por testamento las condiciones de fuerza personal del dictador y la aquiescencia pasiva de los gobernados.

El prestigio del general Díaz había comenzado por la popularidad ganada en las campañas militares y crecida en los primeros períodos de gobierno. Hijo de la clase media, de familia provincial pobre, estuvo en contacto con las clases populares durante su adolescencia en la vida ordinaria, y durante su juventud en las guerras por la libertad y por la República; conocía al pueblo y el pueblo lo conocía a él, considerándolo como uno de los suyos. Ni Juárez, de más humilde cuna, le igualaba en esto, porque su profesión de abogado le llevó a puestos públicos de gabinete y su carácter era menos comunicativo y accesible. La popularidad cedió después al entusiasmo y la admiración, cuando la gran obra del Presidente comenzó a presentarlo como hombre superior; y al ganar la cima del poder, con la

voluntad como ley suprema, y la fama internacional que llegaba a México en oleadas de aplausos y de elogios, el sentimiento nacional se volvió asombro y respeto, pero dejó de ser sentimiento afectuoso.

Hasta el final del siglo, poco más o menos, la opinión pública apoyó vigorosamente al gran constructor de la nación, por más que el absolutismo la impacientara; mas ya por entonces él no buscaba la opinión y había reducido su interés político a tener en su favor la voluntad de los hombres a quienes juzgaba importantes o peligrosos. La opinión pública no lo combatió, pero se divorció de él, y el gobierno del general Díaz continuó desde entonces, no ya con la fuerza popular presente, sino por la fuerza adquirida, que se consume a medida que trabaja.

En 1900 su obra había concluído; encaminado el desarrollo de la Nación por el sistema del gobierno fuerte, otro hombre podía continuarlo, dando acceso a las aspiraciones de libertad política que sentían los pueblos. La Nación había cambiado bajo el influjo de su gobernante, y éste permanecía el mismo, porque el individuo no evoluciona; y como el gobierno era absolutamente personal, no se habría renovado, ni aun cambiando gabinetes y gobernadores, porque es bien sabido que ni los hombres más prominentes que el general Díaz tuvo a su lado pudieron nunca influir en el fondo de su política, de la que él era árbitro único y celoso.

En circunstancias tales llegó la época de preparar la quinta reelección. El alto comercio, en el cual figuraban muchos extranjeros, se organizó para pedir al general Díaz que aceptara su candidatura, pues se había

hecho circular el rumor de que se retiraría del gobierno. Al contestar el discurso en que se le hizo la instancia, el Presidente, mostrando vacilación, dijo esta frase: "un hombre de setenta años no es el que se requiere para gobernar a una nación joven y briosa". Verdad que la nación sabía; pero que, dicha por él, tomaba la fuerza de una confesión sincera y daba a todos el derecho de repetirla. Sobre esa verdad inoportuna se hizo la reelección mecánica, con el silencio de un acto subrepticio.

La prosperidad del país continuó, las obras materiales se multiplicaron, el crédito subió aun más, el prestigio nacional se acrecentó en el exterior hasta infundir orgullo. Pero la nación seguía sintiendo a la vez la satisfacción del beneficio y el malestar de la situación política, y si es posible definir de algún modo el estado del ánimo popular, diremos que el pueblo de México habría querido al general Díaz muerto en su espléndido ocaso, para rendirle los más suntuosos tributos funerales, erigirle en la calzada de la Reforma el monumento más alto, y guardar su nombre para la gloria nacional y el orgullo de la raza.

Pasaron cuatro años de gobierno siempre autocrático y siempre de mejoramiento; a los setenta y cuatro años el Presidente iba a hacer su sexta reelección, que necesitaba aparato y disculpas, puesto que no empleó nunca persecuciones ni violencias materiales. Se volvió al sistema de la convención, y al mismo tiempo, como para tranquilizar a la nación, se inició y llevó a cabo la reforma constitucional que establecía la vicepresidencia electiva y permanente de tipo americano. La Legislatura de Veracruz llevó a la Cámara de Diputados

el proyecto de extender a ocho años el período presidencial. La innovación no podía ser más inoportuna ni más impopular; el grupo científico la combatió entre bastidores y quiso que, por lo menos, se limitara a seis años y se compensara prohibiendo la reelección; pero no fué oído, y al fin la reforma fué aprobada, extendiendo el período a seis años, pero sin prohibir la reelección. La decadencia del gran político era visible en este paso imprudente y en el olvido completo de la opinión nacional.

Don Ramón Corral, Ministro de Gobernación, fué designado por el general Díaz como candidato a la Vicepresidencia, y proclamado por una agrupación sin prestigio en vísperas de la elección. La Nación se quedó estupefacta, porque un día antes de la proclamación nadie pensaba en don Ramón Corral y la noticia produjo el efecto de una sorpresa.

El general Díaz renunció adrede a su excelente y constante sistema de guardar las formas e hizo francas declaraciones para explicar los motivos de su preferencia por Corral. Esto era la sucesión testamentaria del poder sobre un pueblo a quien sus instituciones le ofrecían la democracia. La hipocresía, para no atacar al testador, echó las iras sobre el heredero instituido. Corral comenzó a ganarse gratuitamente la malevolencia de los políticos.

Corral era hombre inteligente, de espíritu elevado, de instrucción variada, de experiencia y penetración, de carácter leal y vigoroso, algunas veces violento. Ni por su apariencia ni por sus inclinaciones estaba llamado a la popularidad; le faltaban el brillo que deslumbra y la espontaneidad que atrae. Impuesto sin formas y por sorpresa, resultaba necesariamente impopular. La

desconfianza característica del general Díaz, exacerbada por la edad, ayudaba a la mala impresión y se complacía en ella. Corral, con serenidad admirable, llevó su papel negativo en silencio y con dignidad.

Los preparativos para cada elección habían comenzado siempre con poca anticipación al acto electoral; pero la que había de verificarse en 1910 parecía presentarse al espíritu del Presidente con especiales caracteres que lo indujeron a anticiparse en un acto de desacierto notorio. Su decadencia física era visible para todos, y reflejaba la intelectual y moral que eran más profundas. Hizo intempestivamente las declaraciones de la "Conferencia Creelman", de que hablaremos después, que sirvieron para excitar a los pueblos, cuando éstos estaban ya acostumbrados a la idea de verlo en la presidencia hasta su muerte.

Con la séptima reelección del ilustre constructor de la Nación, coincidía el primer centenario de la Independencia mexicana. Todas las naciones del mundo civilizado enviaron embajadores que habían de representarlas en la gran fiesta del pueblo advenido a la sociedad internacional con los títulos que le daban su desarrollo material, su mejoramiento intelectual, la paz que había reemplazado a las revueltas, la honradez que había levantado el crédito y la riqueza que aseguraba el porvenir. La fiesta tuvo esplendores reales y solemnidades circunspectas en la ciudad capital, que figuraba ya entre las bellas metrópolis del mundo y que ostentaba su belleza bajo un cielo, en un clima y dentro de horizontes que no iguala ninguna capital en la tierra. La fiesta fué un derroche de suntuosidad, más

dedicada a los huéspedes extranjeros que a los pueblos liberados; más que alegría tuvo elegancia, y en vez de ser una fiesta de la nación, resultó fiesta oficial del Gobierno, protocolaria, ostentosa y sin entusiasmo.

El general Díaz conservó hasta el fin el prestigio de exaltar a las multitudes con su presencia. Durante las fiestas del Centenario, recogía ovaciones ruidosas de ese populacho sincero que no se mueve por adulación, puesto que nada obtendría por ella. Pero el pueblo, al vitorearlo en las calles, no veía ya en él al hombre con prestigio personal, sino que, al divisar la insignia tricolor sobre el pecho del arrogante anciano, aclamaba al gobernante como símbolo de la Nación engrandecida.

Lo anterior, por lo que toca a la política de los últimos diez años de aquel gobierno. Pero la política, por más que sea importantísima en la vida de los pueblos, y por más que sea la causa que los agita y destroza, no es sino el medio de constituir y mantener el gobierno; en tanto que el fin de éste y el fin de la agrupación social es la obra de la administración y mejoramiento de los pueblos que rige. Este fué el principio director, quizá único, del criterio y de la conducta del general Díaz, que llevado al extremo, produjo la gran imprevisión del porvenir político, y la obra extraordinariamente fecunda del presente.

Sus colaboradores más importantes no tenían acceso a la política y se limitaban a la acción administrativa, consagrados a ella con empeño y actividad. El Ministro Limantour, el organizador de la Hacienda, continuó

su obra en la última década, con hechos de trascendencia incalculable.

Los presupuestos, siempre con *superávit*, habían continuado su marcha ascensional de año en año; los ingresos pasaron de los setenta y cuatro millones a que montaron en 1900, a ciento once millones en 1910, y la seguridad que el orden y la firmeza de las finanzas prometían, permitieron aplicar parte de las reservas a las obras de los puertos, edificios para escuelas y mejoras importantes, como el saneamiento, provisión de aguas y otros que la cultura de la Capital requería.

Aprovechando el auge del crédito, se contrató un nuevo empréstito en Europa por 40.000.000 de dólares, destinados principalmente a la amortización de obligaciones del Tesoro y certificados especiales emitidos para el pago de subvenciones a ferrocarriles, amortización de bonos de 6% emitidos para el pago de subsidios al Ferrocarril del Sur y de Veracruz al Pacífico, y cubrir compromisos por la construcción de los puertos de Salina Cruz y Coatzacoalcos. Este empréstito acabó de revelar en el mercado del mundo el crédito rápidamente conquistado por la nación antes en bancarrota, pues el tipo de interés fué sólo de 4% y no se exigió garantía especial que lo asegurara. Limantour pudo decir ante la Cámara de Diputados, estas sencillas y orgullosas palabras: "El presente empréstito no disfrutará de garantía alguna especial; el Gobierno de la República sólo empeña el nombre y el crédito de la nación".

Seis años más tarde, mientras se hacían los últimos preparativos para las fiestas del Centenario nacional, Limantour fué a Europa a dar el último paso que pondría el crédito mexicano a la altura del europeo, ejem-

plo sin precedente en las naciones latinoamericanas; concertó la nueva conversión de la deuda, en títulos con interés de 4% en las mejores condiciones. La operación se realizó en la mitad del monto total; la otra mitad se estorbó por los desórdenes que se iniciaron en noviembre en el Norte de México.

Una parte del empréstito de 1904 debía servir para amortizar obligaciones emitidas al realizar otra operación de trascendencia suma, obra maestra del notable financiero: la que libró al país del peligro de caer bajo el dominio de las compañías ferrocarrileras americanas, dueñas de los dos grandes sistemas mexicanos, que comenzando por disputarse la conquista del movimiento comercial, habrían de acabar por hacerlo juntos, mediante una fusión, sojuzgando todo el tráfico, sometiendo a su tiranía toda la riqueza pública y aun poniendo en peligro la íntegra libertad de los poderes públicos. El Ferrocarril Nacional, para impedir que el poderoso Central lo ahogara, estuvo a punto de obtener el control del Interocéánico, que le daría salida al Golfo; el Gobierno, con un procedimiento tan hábil como audaz, lo estorbó y obtuvo para sí el control, imposibilitando a aquél toda defensa, y obligándolo por este medio a ligarse con él. A muy poca costa adquirió el Gobierno en la fusión del Interocéánico, el Nacional y el Internacional, cerca de la mitad de todas las acciones, y con ellas una influencia decisiva en la nueva organización. Se agregó el Ferrocarril de Veracruz al Pacífico, comprado por el Gobierno, que ligaba el sistema con el Ferrocarril de Tehuantepec, propiedad de la Nación, y és-

ta quedó segura contra el peligro de la dominación de la compañía del Central.

Sin embargo, sin esta seguridad, la nación podía ir más lejos en la previsión y en la conquista de las comunicaciones nacionales, arterias de su vitalidad; y fué tan lejos como era posible. Pocos años después, con una combinación tan hábil en la concepción como en su desenvolvimiento, fundió el sistema del Nacional y del Central en la sola compañía de los Ferrocarriles Nacionales de México, en la cual la Nación obtuvo la mayoría de las acciones; es decir, el control firme e indiscutible. La operación no causó desembolso alguno al tesoro público. No es exagerado decir que aseguró la independencia nacional contra los amagos de una opresión extraña, en el momento preciso, quizá el único, en que la salvación era posible.

Ya se ve en cuán corto tiempo los ferrocarriles habían pasado tan diversas etapas. Primero, las concesiones sin prudencia, que dieron grandes resultados y crearon situaciones difíciles; después, un período de angustia de la administración pública para sostener los compromisos que las vías en obra traían; en 1899, la ley que impuso una política de orden y prudencia para poder enfrentarse con los problemas de la red ferrocarrilera; en 1904 la influencia del Gobierno sobre un sistema completo, que conjuró las amenazas del dominio extranjero, para llegar luego al dominio del gobierno nacional sobre toda la red ferrocarrilera del país.

Las vías férreas, instrumento principal de la prosperidad y desarrollo de México, cruzaron en todas direcciones la vasta extensión del país, escalando difíciles montañas y descendiendo a las tierras bajas, por me-

dio de obras atrevidas y costosas; eran la obra que se había impuesto como tarea o como justificación la dictadura progresista y patriótica. En 1876 el revolucionario Díaz encontró en el país 691 kilómetros de vía herrada; en 1890 eran ya 8,948 kilómetros, en 1900 llegaban a 14,573 y al dejar el gobierno el viejo Presidente en 1911, los ferrocarriles medían 24,717 kilómetros, que en más de la mitad por el dominio real, y en su totalidad por la influencia de las líneas principales, estaban bajo el imperio de la nación. El sueño panamericanista del ferrocarril continental quedaba realizado por parte de México: desde Ciudad Juárez, en la frontera Norte, hasta Mariscal, en la del Sur, podía atravesarse la República en cinco días en tren ordinario, tiempo que antes no bastaba para llegar de Ciudad Juárez a Chihuahua; y esa vía era toda controlada por el Gobierno. Con excepción de seis, todas las capitales de los 27 Estados estaban ligadas por ferrocarril con la de la República, a la cual se ligaban ya los principales puertos, como Veracruz, Tampico, Puerto México, Salina Cruz, Manzanillo, y muy pronto iban a estarlo también dos capitales más, Hermosillo y Culiacán, y dos puertos, Mazatlán y Guaymas. Y a pesar de las imprudencias del principio, México había pagado un promedio por subvención de \$8,935 por kilómetro. La Argentina había subvenido sus vías con \$31,396, y Chile con \$17,135.

En opinión expresada por el ministro Limantour ante la Cámara de Diputados, al proponer las bases de la reforma monetaria, atribuyó la prosperidad del país a tres factores principales: la paz mantenida sin interrupción, la extensión de las vías ferrocarrileras y la supresión del sistema alcabalarario que obstaculiza-

ba el comercio interior. De esos tres factores procedían indudablemente, la afluencia de capitales a México, el incremento de la producción nacional, la actividad del comercio, la implantación y el desarrollo de las industrias, el alza de los salarios; y estos beneficios, como nuevas fuerzas, eran nuevos factores a su vez, para producir otros de tercer orden, pero más numerosos, con la multiplicación fecunda que ahora tenía el bien, como cincuenta años antes la había tenido el mal que produjo catástrofes históricas.

Quedaba, sin embargo, un obstáculo para la seguridad y firmeza de los negocios de México, que estorbaba al comercio, molestaba a la industria y desconcertaba todas las inversiones en el país, y que consistía en la base móvil del sistema monetario, sujeta a las fluctuaciones del valor en oro de la plata. No vamos a exponer los peligros e inconvenientes a que todas las transacciones estaban sujetas cuando la moneda legal en que se hacían tenía las alzas y bajas de un artículo comercial cualquiera, con los desequilibrios dependientes de la producción y el consumo. El problema era de urgente solución y ésta aparecía con peligros trascendentales en un país cuyo producto principal era la plata, acostumbrado a su uso, y cuya vida económica estaba ligada con el metal blanco de modo íntimo. Cualquier error en la solución sería de trascendencias muy graves; para arrostrarlas se necesitaba valor, y para encontrarla adecuada debían juntarse sabiduría científica y conocimiento profundo de las condiciones del país en todo lo que la reforma podría afectar.

La reforma monetaria se planteó sobre la base del

talón de oro con circulación de moneda de plata, fijándose la relación de ésta con aquél, y manteniéndose esa relación inalterable, por medios artificiales, pero seguros y firmes, en términos tales que las oscilaciones del valor de la plata en el mercado del mundo no influían en ningún caso sobre el valor del peso mexicano. El primer efecto de la sola iniciativa del sistema nuevo presentada al Congreso mexicano, fué hacer bajar los cambios sobre el exterior en quince días de 215 a 204. Se dictaron después todas las leyes necesarias y la reforma puesta en práctica, lejos de afectar desfavorablemente, favoreció a todos los elementos de producción y circulación de la riqueza. Este fué el último toque en la obra de organización y perfeccionamiento de la vida económica nacional, que puso a México en la

condición normal de los pueblos más cultos de la tierra.

La aptitud del pueblo de México (la de los pueblos latinoamericanos, la de la raza), para labrar por sí su bienestar y su engrandecimiento, se patentizó en la obra que realizara en breve tiempo, con sólo que su gobierno le diera paz interior, la administrará con honradez y lo protegiera con una legislación sabia. Partió de la bancarrota y del desprestigio universal, y ya que no tenemos otros números (porque probablemente no existen), que muestren la obra de su esfuerzo, véanse los que revelan el crecimiento de su comercio exterior. La suma de importaciones y exportaciones fué:

En 1873	\$ 51.760,000
En 1893	" 154.085,000
En 1910	" 499.588,000

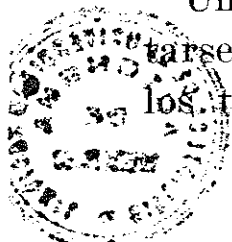
En este último año las exportaciones superaban a las importaciones en \$87.916,000.

Si pudieran tenerse en cuenta las cifras del comercio interior, los números no serían menos sorprendentes; si las hubiera del valor general de la riqueza pública, se encontrarían contrastes mayores, demostrativos de la transformación del país, que se habían hecho sin la fragilidad insegura de las fortunas aventureras.

El desarrollo de la minería había sido extraordinario. La producción de oro y plata, que en 1880 fué de 31 millones, pasó en 1890 a 43; diez años más tarde a 93 y en 1910 a 124 millones y medio, (dos millones y cuarto de kilogramos).

México, en este último año tomó el primer lugar entre los países productores de plata, de tal suerte que, de 117 millones de dólares que valió la producción mundial, 39 fueron de México, es decir, la tercera parte. Como productor de oro ocupó el quinto lugar con un rendimiento de 36,222 kilogramos con valor de 24 millones de dólares, superior al de toda la América junta, sin los Estados Unidos. En cobre, pasó en pocos años a ser una de las naciones de importancia en la producción de este necesario elemento de la industria moderna; saltó después al tercer lugar y en 1910 ocupaba ya el segundo, con un valor de más de 26 millones de pesos.

Una nueva riqueza, el petróleo, comenzó a explotarse en época reciente. El Gobierno alentó e impulsó los trabajos, con la liberalidad indispensable en los



principios de una industria nueva, de fortuna escondida y éxito aventurado. El rendimiento fué en 1907 de 1.000,000 de barriles, creció moderadamente en los tres primeros años y saltó resueltamente, merced a fuertes capitales invertidos, a cerca de 13.000,000 de barriles en 1910-11, poniendo en evidencia que México es un país privilegiado en este respecto, que había de disputar el primer lugar en el mundo de la producción de petróleo. Pocos años después, a pesar de las condiciones precarias de la nación, el producto de aceite llegó a ser muy importante para el consumo universal.

El movimiento de transporte era en la época muy revelador. En el año fiscal de 1909-10, entraron en los puertos 10,671 buques. El promedio de los últimos cuatro años daba para el movimiento exterior por tierra, algo más de 31,000 furgones entrados por el Norte en territorio mexicano, y más de 21.000 salidos.

No hay cifras seguras para determinar los capitales invertidos en la industria y el comercio, pero puede tenerse idea de su importancia por los datos generales de la Oficina del Registro Público de la Propiedad y el Comercio en la capital de la República. De ellos aparece que las sociedades mercantiles inscritas de 1886 a 1910, sumaron un capital de 2,618.717,000 en moneda mexicana; y las sociedades mineras, de 1892 a 1910, \$204.000,000. De las inscripciones mercantiles, 664 millones fueron de capital



cional y el resto extranjero principalmente americano, inglés, alemán y francés.

La industria rudimentaria de 1876, se desarrollaba ya vigorosa en los primeros años del siglo nuevo, ayudando cada día más a la ventaja de la exportación sobre la importación. No tenemos estadística reciente, y hemos de conformarnos con decir, en cuanto a cifras generales, que, según datos oficiales de 1902, había en el país 5,500 fábricas de todo género, incluyendo los ingenios de azúcar, fundiciones de fierro y acero, de tejidos de algodón y lana, productos químicos, cervezas y las de menor importancia. De hilados y tejidos había en 1910, en el país, 135 fábricas, muchas de gran importancia, situadas principalmente en el Distrito Federal y los Estados de Puebla, Veracruz y Coahuila. La sola compañía industrial de Orizaba, rindió un producto de cerca de noventa millones de pesos en aquel año. Treinta y tres mil obreros tenían trabajo en esta industria en todo el país, que alentaba, por otra parte la producción de algodón, ya muy fuerte en varias regiones y especialmente en Coahuila. Todavía en los años del 10 al 12, turbados por la revolución, se abrieron al trabajo 19 fábricas más, de este género.

La industria del fierro, que debe ser más tarde la productora de maquinarias para todas las industrias y de rieles para las vías nacionales, había comenzado poderosamente en las grandes fundiciones de Monterrey, y representaba capitales de muchos millones de pesos. Las del Boleo y Cananea, dedicadas al cobre principalmente, y otras muchas que pueden figurar

en primera línea, daban trabajo a muchos millares de trabajadores, con salarios que no se habían conocido antes en las regiones respectivas.

Al lado de estas industrias había fábricas de papel, de tejidos de lana, yute y seda, de jabón, dinamita, de cemento, de cigarros, muchas de ellas de fuerte producción, y muchísimas otras secundarias o pequeñas, cuyo número debía estar muy aumentado en 1910, respecto al de 5.500 que había en 1902, porque esos ocho años fueron de gran actividad y el desarrollo se hacía con movimiento acelerado.

El descubrimiento del guayule (planta de que se extrae el *indian rubber*), sacó a luz una enorme riqueza en las áridas llanuras del Norte. La nueva industria, extracción de un producto silvestre y abundante, rendía millones de pesos. Cuarenta fábricas hacían la reducción de este caucho especial, en tanto que también se exportaba la planta en bruto a los mercados de Europa y los Estados Unidos.

El progreso de la industria trajo consigo lo que debe ser fundamental entre todas y madre de todas; el aprovechamiento de la fuerza hidráulica, tan abundante en México. El río Atoyac, en la Mesa Central, captado en diversos lugares, ha hecho de Puebla una ciudad manufacturera y ya en la época de que hablamos surtía a las numerosas fábricas de hilados con 53,000 caballos de fuerza. Guadalajara tenía para las suyas 30,000 del "Salto de Juanacatlán" (Río de Lerma). La minería del Estado de Hidalgo utiliza la Cascada de Regla, así como las aguas del desagüe de la ciudad de México. El río de Tlalnepantla trasmite

te a la capital, por alambres, la fuerza de sus caídas. La "Santa Gertrudis Jute Mills", de Orizaba, tiene 5,000 caballos. Obras de menor importancia se encuentran en muchos puntos del país; numerosas estaban en proyecto por la empresa privada en aquellos días. Pero sobre todas descollaba la famosa presa de Necaxa, que con sus 177 pies de elevación es la más alta del mundo; para construirla, hubo que cambiarse de asiento al pueblo de Necaxa, y construir caminos y ferrocarriles; cuenta entre sus obras, 31 kilómetros de túneles; une a su capacidad la de cinco presas más y produce 127,560 H. P. para el servicio de la ciudad de México (a 153 kilómetros de distancia), y para otras ciudades e instalaciones industriales que la utilizan.

Al crecimiento de la riqueza pública en la industria, la agricultura y el comercio, debía corresponder un gran progreso en la facilidad de la circulación, sin la cual aquel habría sido estorbado, y esa facilidad se obtuvo antes que con la reforma monetaria, que fué un perfeccionamiento, con la ley sobre instituciones de crédito, expedida en 1897, que impulsó el comercio bancario, abriéndole sabia y prudentemente las puertas de la libertad. El Banco Nacional renunció su privilegio (que ataba al gobierno), mediante hábiles transacciones, y el sistema bancario se organizó, bajo la inspección de la Secretaría de Hacienda, sólido, fácil y fecundo. En 1902, había en la República veintiocho Bancos de emisión; dos de ellos, los más poderosos, en la Capital y veintiséis en las

Capitales de los Estados. El capital exhibido de todos ellos era en 1900 de casi cincuenta millones de pesos, y en 1904, había subido a más de ciento cuatro millones. En la primera fecha, la circulación fiduciaria era de \$66.000,000, y en la segunda de \$83.000,000. En 1907, la circulación llegaba a 96.000,000 y la existencia en moneda metálica a \$76.696,000, dos tercios de los cuales estaban en oro.

El Gobierno, con las rentas nacionales en progresión rápida y el crédito en auge, había llevado a término obras que, por deseadas y prometidas desde sesenta años antes, se veían como irrealizables sueños. El ferrocarril al través del Istmo de Tehuantepec, uniendo los dos océanos, amenazaba con una seria competencia al futuro canal de Panamá; diez líneas de vapores tocaban en su extremo del Golfo (Puerto México), y de ellas la sola "American Hawaiian Company" daba un contingente de un millón y medio de toneladas de carga. Tres puertos: Veracruz, Puerto México y Salina Cruz, se habían construído, a la altura de las mejores construcciones de su género; en tanto que las obras en los de Manzanillo en el Pacífico y Tampico en el Golfo, daban a estos puertos gran capacidad y abrigo. Los faros que se encendían sobre ambos mares, dieron lugar a que las costas mexicanas se clasificaran entre las mejor iluminadas del mundo.

La ciudad de México vió realizada la obra fundamental de su grandeza futura, intentada en vano desde la época colonial, que la libraría de las inundaciones y haría posible el drenaje y la salubridad. El

desagüe al Valle en que la capital se asienta rodeada de montañas (la obra maestra de la ingeniería nacional, que arrojó las aguas fuera del Valle, por la perforación de la sierra), se inauguró en 1900, y la ciudad hizo su transformación rápida, guardó su bello aspecto en la parte antigua, y se extendió al occidente en amplia área cubierta de residencias de elegancia moderna y llenas de arte. Las obras de saneamiento y provisión de aguas, a costa de muchos millones, dieron a la ciudad condiciones superiores de habitación, y el pavimento de asfalto embelleció muchas de sus calles y prometía cubrirlas todas.

Soberbios edificios públicos, ostentación del arte arquitectónico más elegante, se erigieron; la casa de Correos, el palacio de la Secretaría de Comunicaciones, el Palacio Municipal, lucirían en las mejores capitales europeas; el Teatro Nacional (aún no concluido) podría parearse con los más bellos de Europa; el Palacio del Poder Legislativo, es tan bello como adecuado, y el gran edificio que para substituirlo comenzó a construirse iba a ser el monumento más grandioso de la ciudad. El Hospital General y la Penitenciaría no tienen rivales en el Continente, por su acomodación y condiciones especiales; el Manicomio, las escuelas normales para varones y para mujeres, el Hospicio de niños, son modelos en su género, y construcciones de gran costo. Los edificios para escuelas públicas se construyeron en rumbos diversos de la ciudad, con todas las exigencias de la enseñanza moderna. El Instituto Geológico y el Instituto Médico, eran a la vez hermosos edificios e instituciones de gran valor científico. El Gobierno hizo en los Es-

tados gran número de construcciones para los servicios federales, entre otros la Aduana y la Dirección de Faros en Veracruz: y los gobiernos locales, animados por el ejemplo, entraron en una porfía de mejoras materiales de todo género, construyendo palacios para los poderes públicos, edificios para escuelas primarias y profesionales, parques y calzadas, haciendo la pavimentación de las capitales, su provisión de agua y drenaje. La renovación se extendía por toda la República: Monterrey, Guadalajara, Puebla, Veracruz, Mérida y otras ciudades se transformaron en pocos años: y aun surgieron ciudades nuevas como por un conjuro: Torreón y Tampico.

La obra extraordinaria del Gobierno federal, que se presentaba a los ojos y modificaba tan profunda y ventajosamente a la nación, había costado una cantidad de millones que habrían tenido por quimérica, aun los más soñadores, treinta años antes. La deuda nacional exterior e interior, sin embargo, sólo sumaba \$438.000,000, bien poco para la potencia productiva del país, que en sus ingresos crecientes de año en año llegaba ya a 111.000,000, y cuyas reservas acumuladas excedían de \$70.000,000 disponibles para cualquier emergencia.

Ninguna nación del mundo (no hay en esto la más mínima hipérbole) ofrecía más seguridad en ciudades, aldeas ni campos, contra ataques o violencias. Las hazañas de los apaches de París y los asaltos de trenes en el Sur de los Estados Unidos, causaban el asombro de lo increíble en los lectores mexicanos. Tres mil hombres de policía rural, vigilaban algunos lugares del centro del país, la policía ordinaria estaba en las capitales de los Estados, generalmente escasa: pa-

ra el territorio en general y para la casi totalidad de los poblados, la autoridad no tenía fuerza material. Y es que la seguridad no era la obra artificial de la policía armada, sino la espontánea de la sociedad, del pueblo, que se había hecho respetable y que era respetuoso. Con el orden, con el trabajo, con la tranquilidad, con la riqueza y el bienestar adquiridos que habían transformado materialmente al país, se había obrado el milagro de la transfiguración nacional.

Tal fué la obra de la dictadura de Porfirio Díaz en México. Por ella se coloca ya entre los "Constructores del siglo XIX" al gran Presidente autócrata (1)



(1) Se publica en Londres, bajo la dirección de Mr. Basil Williams y con la colaboración de muy distinguidos escritores la colección denominada "Makers of the XIX Century" Biographies of men of all countries who have had a definite influence on thought and action in the Nineteenth Century.—Entre estas biografías figuran las de Lincoln, Lee, Gambetta, Víctor Hugo. La de Porfirio Díaz fué escrita por David Hannay, a quien ya hemos citado.